

## Epílogo

**H**e aquí un libro que he leído una y otra vez. Y es así porque el autor ha conseguido desdoblarse y penetrar en los sentimientos y situaciones de cada personaje que presenta en escena. Y muestra tal veracidad en sus criaturas, que consigue que quien le lee, inevitablemente, las haga suyas.

Cierto que la historia que nos relata, se adentra en una estremecedora realidad; y yo, tal vez por mi edad o, precisamente por ella –aunque no solo–, me veo reflejada, incrustada en un ser constantemente presente e invisible, la abuela: un ser que forma parte muy principal de esta obra y que, de forma reiterada, planea sin cesar en las mentes de las dos nietas; especialmente en la de Alba, la aprendiz de escritora.

La vida de los personajes de esta obra –todas mujeres–, por los tiempos en que es referida, cruzan por muy diferentes avatares, así, es natural que la mayoría coincida con el afán de buscar un quehacer, un trabajo digno; pero la llegada de la guerra civil en España, las bambolea y aturde. Algunas logran salir de ese aturdimiento, de ese estupor y luchan por lo que creen de justicia. Pero, como en toda lucha, siempre hay un vencido y un vencedor, sea esto justo o injusto. Ellas perdieron. Miserias, ignominias, cárcel... muertes.

En uno de los capítulos el autor nos cuenta aquello que para las reclusas quizá fuera lo más importante: las comunicaciones familiares. Y lo explica tan bien que parece haberlas presenciado. Bien que yo diría, más apropiadamente, las “incomunicaciones”. Han pasado por mi tantos, tantos años que hasta tuve ocasión de vivirlas. Por ello puedo volver a entonces... Es preciso imaginar un pasillo de unos dos metros de anchura, cercado a ambos lados por una reja de hierro y tela metálica adherida. Paseando de un extremo a otro una funcionaria de Prisiones. Tras la reja interior quince reclusas y en el exterior tres familiares de cada una. En resumen: sesenta voces pugnando por entenderse algo en los diez minutos concedidos. Se buscan locamente unas a otras y, cuando lo han logrado, se piden hablar bajito; algo inútil. Al no comprenderse, suben más y más la voz y lo más fácil es que los diez minutos acaben en lágrimas y... a esperar que corresponda escribir cada quince días una carta de no más de veinte renglones; y censurados.

Abundando en el párrafo anterior, voy a relatar una anécdota totalmente real: al no haber en la cárcel de Ventas –que es de la que estoy hablando– agua para asearse –puesto que los baños y duchas estaban secos y convertidos en extrañas celdas–, los insectos, principalmente los piojos, campaban a sus anchas y era necesario combatirlos. En una “comunicación” yo pedí a mi madre que, si podía, me mandase una lendreras. Días después, recibí un paquete, pero no la lendreras. En la siguiente visita se lo dije y me respondió: “Sí, hija, te mandé la lechera con pescadilla”. Así fue. Al no entenderme creyó que para no sé qué necesitaba una lechera. Estas eran las “comunicaciones”.

Si esto no hubiera sido trágico, resultaría cómico, pero... era sencillamente patético.

Para mí también es doloroso y estremecedor el sentir la voz, ya moribunda, de la abuela –siempre invisible, pero ahora audible– que se esfuerza por que sus nietas conozcan y no olviden que ella padeció y luchó en sus días por la libertad, la dignidad y la cultura. Que por ello hubo de penar cárcel y torturas, pero que está orgullosa de su pugna frente a la injusticia. Así les aconseja que no desmayen, sobre todo y ante todo, por la paz. Al agotarse la voz, acaba la obra; mas es tan triste que yo he elegido fijarme en algo anterior que, en algún momento, me ha hecho sonreír.

Se trata de un diálogo entre Adelina y Julia. Ya están las dos en la cárcel. Julia sube y baja haciendo el pino, mientras le da ánimos a Adelina. Esta, temerosa, desconfía de poder salir en libertad. Julia, haciendo honor a su carácter, dice que Franco ha dicho que “No teniendo delitos de sangre no hay que preocuparse” y ella lo ve así; claro que, como está haciendo el pino, lo ve al revés. Yo, pese a saber del gracioso e irónico humor que estaba regalando Julia, sospecho que, tal vez, estaba viendo no en doble sino en triple dimensión. Puede ser que se presagiara ella misma entre aquellas figuras que el autor nos muestra en el foro. Aquellas niñas-mujeres que, con el traqueteo de una ametralladora, caen lentamente al suelo... Es cierto que una, Blanquita, quedó con vida, para inmediatamente ser rematada por el llamado tiro de gracia. *Aquellas niñas-mujeres, Julia* y sus compañeras de sacrificio, serán para siempre las *Trece Rosas*.

Trece flores de trece limoneros  
hacia el Valle que seca los trigales.  
Trece ninfas de trece manantiales  
que le ceden su canto a los jilgueros.

Trece sueños fragantes de romeros  
que se crecen ante los peñascales.  
Trece flores que liman los riscales  
para que tengan paso los veneros.

Trece estrellas que rompen las cadenas  
que les impiden alcanzar su cielo  
y se desprenden de sombrías arenas.

Trece ideas con un solo desvelo.  
Trece arpegios vencidos... Trece penas...  
¡Trece flores, tronchadas, en el suelo! ...

ÁNGELES GARCÍA-MADRID  
14 de abril de 2007



